

luego fué llevado cerca de Sulmona á la celda de Pedro por un cardenal, tres obispos y dos notarios de la Santa Sede. El santo varón no acababa de creer lo que le anunciaban; y aunque veía á los diputados arrodillados á sus plantas, dudaba aun de la seriedad de este paso si no hubieran puesto en sus manos el decreto auténtico de su eleccion. Menos resistencia hizo de lo que se esperaba; y despues de haberse puesto en oracion con los diputados para consultar al Señor, dijo sencillamente, aunque gimiendo: «no resistiré á la voluntad de Dios, me sujeto á la eleccion de la Iglesia, á quien temo faltar en su necesidad.» Luego se puso en camino para Aquila, ciudad aun poco considerable, por no hacer mas que unos cuarenta años que la habia fundado el emperador Federico II. Acudian todos á ver al Sumo Pontífice montado en un asno y pobremente vestido, con una barba larga y desaliñada, estenuado con los ayunos, y los ojos entumecidos por las lágrimas, que su elevacion no cesaba de hacerle derramar. Fué consagrado en esta ciudad y tomó el nombre de Celestino V.

No tardó en conocerse que no siempre el cielo justifica por los resultados las presunciones fundadas en el concurso de circunstancias que anuncian mas plausiblemente su eleccion. Sin duda quiso el Señor dar á su Iglesia en la libre abdicacion del pontificado un ejemplo de desprendimiento que antes de Celestino no se habia visto mas de una vez, cuando en 1009 abdicó Juan XVIII el pontificado para retirarse á la abadía de San Pablo de Roma, donde abrazó la vida monástica. Este nuevo Pontífice, que habia llegado en el retiro á la edad de setenta y dos años, sin práctica de los negocios, sin estudio, sujeto á la timidez y á las irresoluciones ordinarias de un juicio recto que se siente destituido de conoci-

mientos y de esperiencia, abandonado como necesariamente á las impresiones de la intriga y de la solapada adulacion, y tanto mas fácilmente engañado, quanto el temor de serlo le hacia aventurar muchas veces sus operaciones: este nuevo Papa, abandonado de esta manera á sí mismo, ó por mejor decir, no gozando ya de sí y esclavizado sin advertirlo á las personas y á las pasiones ajenas, cometió muchas faltas inevitables en un puesto y en unas circunstancias tan criticas, y en particular hizo elecciones muy fatales para las prelacías de mayor importancia. Lo mas memorable que encontramos en su pontificado es la renovacion del decreto que publicó Gregorio X para el cónclave, y la confirmacion del instituto de su orden, llamado de celestinos. Prodigó á éstos todos los privilegios de las demas órdenes tan fácilmente, que los Papas siguientes creyeron deber limitarlos por diferentes constituciones.

Despues de unos cinco meses de pontificado, su conciencia timorata, junto con su inclinacion á la soledad, le hizo temblar á vista de todos estos riesgos. «¡Ay de mí! esclamaba derramando lágrimas: ¿no me ha elevado Dios mas que para precipitarme desde mas alto? ¿Cuánto disto de la perfeccion á que yo creia en otro tiempo acercarme! Dicen que tengo todo poder sobre las almas; ¿no deberé, pues, asegurar la salvacion de la mia y desembarazarme de los obstáculos que la hacen perder la virtud y todo el reposo?» Despues de haber reflexionado algun tiempo y de haber tomado tambien algunos consejos, en los cuales la envidia culpa á su sucesor inmediato de haber tenido mucha parte, pronunció que un Papa puede renunciar su dignidad, y que los cardenales pueden aceptar su resignacion: hizo al momento la suya, y volvió á tomar sus pobres hábitos de ermitaño, lo cual no pudieron ver

los cardenales sin derramar lágrimas mas ó menos sinceras (1). Despues de diez dias de intervalo, segun la regla, se reunieron de nuevo en el cónclave; y el 24 de diciembre de 1294, Benito ó Benedicto Cayetano, cardenal presbítero del titulo de San Silvestre y San Martin, fué elegido á pluralidad de votos, y tomó el nombre de Bonifacio VIII. El 27, Bonifacio, de acuerdo con el Sacro colegio, revocó las gracias arrancadas á la inesperecia de Celestino, y temiendo que en lo sucesivo se abusara mas peligrosamente aun de su sencillez ó de su delicadeza de conciencia, sugiriéndole que no habia debido renunciar legítimamente, tomó tales precauciones para celar sus pasos, que parecieron tiránicas, y con todo se vió no ser suficientes. Celestino, aunque con guarda de vista, se escapó de noche acompañado de un solo religioso, con intento de retirarse á su soledad de Sulmona. El nuevo Papa lleno de temor envió emisarios á su alcance, los cuales encontraron al fugitivo, á quien reconocieron á pesar de que iba disfrazado: le prendieron, aunque con respetuosas demostraciones, y le condujeron á Bonifacio, quien le recibió con honor, y le señaló para domicilio ó para honesta prision el castillo de Fumone, en la Campania, donde al cabo de dos meses murió Celestino con una reputacion de santidad que la Iglesia ha confirmado decretándole culto público (2).

Bonifacio VIII, Pontífice tan hombre de bien como sábio, no estuvo mucho tiempo en el pontificado sin dar á conocer su genio elevado y una intrepidez que no se detenía por dificultades ni peligros; era, no obstante, circunspecto en los principios de un asunto, mas despues incapaz de apartarse del recto camino de su deber por las contradicciones que se le suscitaban; antes

bien, quanto mas arreciaban estas, mayor era su energía; por último, de una serenidad tan singular en los mayores apuros que no puede ponerse en duda su buena fé. Llevó al principio su rigor sobre el reino de Dinamarca (1). El rey Erico VI mandó prender en 1294 y meter en un calabozo á Juan Grandt por haber ascendido á la silla de Lundem sin haber pedido y obtenido su confirmacion. Habiéndose escapado este prelado el año siguiente, pasó á la isla de Bornholm, dependiente de su diócesis, donde fué recibido con los brazos abiertos. Roma tomó abiertamente su defensa; y en el año 1298 el legado Isarn declaró excomulgado al rey hasta que pagase al arzobispo la cantidad de 49,000 marcos de plata á que el Papa Bonifacio VIII le habia condenado en juicio contradictorio. Continuando las disensiones entre el monarca y el arzobispo, el Papa, en el año 1303, consintió en que este dejase su silla; y con la retirada de este prelado se restableció la calma en la iglesia de Dinamarca, siendo reemplazado por el legado Isarn (2).

El mismo Bonifacio, en el citado año 1294, primero de su pontificado, erigió en obispado la abadía de canónigos reglares de Pamiers, fundada cerca de cuatrocientos años antes en honor de un San Antonino, mártir, que se presume ser el de Apamea en Siria, por quanto Pamiers es en latin Apamea. Como los canónigos de Pamiers, señores temporales con el mismo titulo que los señores vecinos, recibían de estos grandes daños durante las guerras particulares, la Santa Sede, cuando las guerras de los albigenses, puso á Pamiers bajo la proteccion del rey de Francia. De Pamiers habian cuidado tambien San Luis y Felipe el Atrevido, y á su vez Boni-

(1) Rain. ann. 1294, num. 23.

(2) Boll. tom. 15, pag. 462.

E. del G., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo IV.

(1) Rain. an. 1295, n. 50; Pontan. p. 380.

(2) Art de verifier les Dates.

facio rogó á Felipe el Hermoso protegiere esta ciudad contra las vejaciones del conde de Foix, y para darla mas importancia y que fuese mas respetada, la erigió en ciudad y en obispado. Pero lo que, contra la asercion de ciertos críticos, prueba que á esto no se opusieron las partes interesadas y que todo fué arreglado ó convenido entre ellas, es que Gil, arzobispo de Narbona, metropolitano de Tolosa, en cuya diócesis estaba comprendida Pamiers, promulgó por sí mismo la bula de ereccion.

Entretanto el rey de Francia, de acuerdo con Eduardo I, rey de Inglaterra, habia consentido en tomár al Papa por árbitro de sus desavenencias. El Papa habia aceptado el arbitraje, no como juez, sino en calidad de mediador y de amigo. Enviado el compromiso á Roma en 1298, los embajadores de los dos príncipes hicieron valer sus razones recíprocas; y el 27 de junio pronunció el Papa la sentencia arbitral (1) en pleno consistorio, delante de una multitud de pueblo que lo ruidoso de esta causa habia atraído al Vaticano, y luego la mandó expedir en 30 de junio en forma de bula. Este documento, publicado íntegro por Rymer, hace honor á la imparcialidad de Bonifacio, aunque él no tuviese motivos para estar satisfecho del rey de Francia. Es verdad que no es así como hablan la mayor parte de los historiadores franceses; pero sus relaciones están altamente desmentidas por la bula que impugnan y por la docilidad con que los dos reyes obedecieron á esta sentencia arbitral, como lo prueban varias actas manuscritas recogidas en la torre de Lóndres por Pecquigni; y finalmente, como se vé por la paz que ajustaron con arreglo á esta sentencia en el año 1303 (2).

(1) *Hist. de l'Eglise Gall.* t. 35.
(2) *Art de vérif. les Dates.*

Los reyes de Francia y de Inglaterra, así como el emperador Adolfo, abrumaban con impuestos al clero y al pueblo para atender á los gastos de la guerra; y en su consecuencia, habiendo dirigido al Papa muchos prelados de los dos reinos sus quejas contra los oficiales reales que así les cargaban de contribuciones, espidió la famosa constitucion que comienza con estas palabras: *Clericis laicos*. En ella, y só pena de excomunion reservada á solo el romano Pontífice, y no obstante cualquier privilegio, prohíbe á los prelados y demas clero, así secular como regular, el pagar á los legos contribucion alguna que se les impusiera con cualquier título que sea sin la autorizacion de la Santa Sede; y á todos los reyes, príncipes, magistrados y demas el imponer esas contribuciones sobre los bienes eclesiásticos, el exigirlos y el dar ayuda ó consejo para ello. Bonifacio dice en sustancia: que la antigüedad nos demuestra la enemistad de los legos contra los clérigos, y que la época actual manifestaba también contra ellos su malquerencia; que no contentos con encerrarse dentro de los límites de su poder, el cual no se estiende á las personas ni bienes eclesiásticos, imponen cargas intolerables al clero, se afanan por reducirle á la servidumbre; y que (y esto es para la Santa Sede un gran motivo de dolor) se ve á eclesiásticos y aun á prelados mostrar aquiescencia á estos abusos, temiendo menos ofender al Soberano Señor que desagradar á un príncipe de la tierra. Esta bula, aunque general al parecer, se referia mas particularmente al rey de Inglaterra que abrumaba á los eclesiásticos y les exigia los impuestos por medio de soldados que cometian todo género de violencias. Sin embargo, como algunos críticos la han mirado como origen de las desavenencias que se suscitaron entre Bonifacio y Felipe el Hermoso, debemos hacer notar que su gran

disension no comenzó hasta el año 1301, y que en estas dos circunstancias el Papa no se comprometió con el rey sino por haber tomado la defensa de los obispos y clero de Francia.

Felipe el Hermoso, que necesitaba de dinero para sostener la guerra contra tres potencias á un tiempo; esto es, contra el emperador, contra el rey de Inglaterra y contra el conde de Flandes, y que suponía sin razon que Bonifacio VIII le postergaba á estos príncipes, se tuvo por particularmente ofendido con esa prohibicion de la bula. Por su parte él prohibió también generalmente transportar fuera del reino, sin su permiso por escrito, oro ó plata, en moneda ó en barras, joyas, pedrerías, armas, caballos, viveres y otras cosas indispensables á la guerra. Sintió el Papa este golpe, y se quejó de él como de un atentado contra la gloria y la libertad de la Iglesia. Escribió muchas cartas (1), envió legados, esplicó su bula *Clericis laicos*; reconoció que en las urgencias del Estado el clero debe contribuir con sus bienes, y el rey puede pedir y recibir, aun sin consultar á la Santa Sede. Por último, declaró que su intencion no habia sido chocar en nada con los usos y costumbres del reino, ni con los derechos del rey y de los señores. Esplicóse también Felipe moderadamente, pero protestó á presencia de los legados del Papa, que si en el orden de la salvacion estaba dispuesto á conformarse con los decretos y consejos del Gefe de la Iglesia; sin embargo, el gobierno temporal de su reino pertenecía solamente á él que era rey, con exclusion de otro, cualquiera que este fuese; que no tenia ni reconocia sobre la tierra ningun superior respecto á esto, y que estaba dispuesto á defender este derecho inenagenable, sin

que obstáculo alguno fuese capaz de contenerle. Por lo demas, suspendió el efecto de las ordenanzas que habia hecho contra el comercio de los estrangeros y contra el transporte del dinero á Roma; que fué lo que mas que todo habia ofendido á Bonifacio.

La canonizacion de San Luis verificada en estas circunstancias, acabó de restablecer instantáneamente la armonía entre el Papa y el rey, ó por mejor decir, de calmar el fuego que hacia ya tiempo estaba oculto bajo la ceniza, pero que despues de esta calma engañosa produjo un incendio mas terrible. La bula de canonizacion del santo rey es un elogio magnífico y muy extenso, fundado, como ella se espresa (1), sobre una certeza total de la pureza de sus costumbres, de la regularidad y austeridad de su vida, de su amor á la justicia, de su celo generoso por el aumento de la fé, de su caridad con los pobres, los enfermos, los desvalidos, los desgraciados de toda clase y de toda nacion; en una palabra, de todas las virtudes cristianas, régias y heróicas. Al objeto se habian recibido las deposiciones juradas de mas de trescientos testigos, y se comprobaron hasta sesenta y tres milagros.

Poco despues de esta canonizacion hecha en 1297, murió otro San Luis, resobriño del primero, y fué canonizado al cabo de veinte años por el Papa Juan XXII. Era nieto de Carlos de Anjou, é hijo de Carlos II, llamado el Cojo, rey de Nápoles (2). Principió desde la edad de catorce años á santificarse en Cataluña, donde para libertar á su padre fué dado en rehenes al rey de Aragon. No solo se notó en él mucha aficion á la oracion, á las santas lecturas, á la frecuencia de sacramentos, una dulzura y una modestia angelicales, una pureza tan delicada que una sola palabra libre le

(1) *Rain. 1297, num. 49; Prew. du différen. pag. 39.*

(1) *Bullar. Bonif. VIII, cap. 6.*

(2) *Vading. ann. 1275 et seq.*

inspiraba horror, sino que también mostró desde entonces una fuerza y una virtud que legó hasta complacerse de su prision como de un medio precioso de santificarse. Hasta los mismos enemigos de su familia quedaron edificadas. Habiendo sido reconocido su hermano mayor Carlos Martel por rey de la Hungría, que solo fué poseída efectivamente por su hijo Carlos Roberto ó Charoberto, Luis, cuyas miras no eran otras que el reino celestial, cedió el de Nápoles á su hermano menor Roberto (1). Ya había hecho voto de abrazar la humilde y austera profesión de los frailes menores, y quiso cumplirle antes de recibir la ordenación episcopal, cuando el Papa Bonifacio le obligó á aceptar el obispado de Tolosa de Francia (1297), para el cual le ordenó al instante con dispensa á la edad de veintitres años. Por un efecto de condescendencia á sus augustos padres, y por consejo del Papa, llevó al principio los hábitos episcopales sobre los de su orden; mas muy en breve se dejó ver con los pies descalzos, revestido de una túnica tosca, y ceñido de una cuerda, aun en medio de Roma, de donde no tardó en trasladarse á su diócesi.

En todas partes se esmeraron en rendirle por el camino los honores debidos á su cuna y á su virtud; mas rehusó hasta los alojamientos que le tenían dispuestos (2). Queriendo dar testimonio de que la profesión religiosa no había sido en él una vana ceremonia, se dirigía al convento de frailes menores, desechaba toda distinción, vivía y se confundía enteramente con ellos, hasta lavar, según su costumbre, los platos después de comer. En Tolosa, cuya iglesia era muy rica, el amor á la sencillez y á la modestia le hizo transformar el palacio

episcopal en un humilde convento: no reservó mas plata que para los huéspedes, y aun el morir dispuso que se vendiera á beneficio de los menesterosos. Después de haber tomado un conocimiento exacto de las rentas de la mitra, señaló solamente una cuarta parte para gastos de su casa, y aplicó todo lo demás á las necesidades de su pueblo. Regularmente alimentaba todos los días á veinte y cinco pobres, les lavaba los pies, y les servía con sus mismas manos. Todas las asperezas de la regla de San Francisco no eran mas que una mediana parte de las que practicó de continuo hasta su muerte y que probablemente se la aceleraron. Aunque joven en el obispado, desempeñó sus difíciles cargos con una madurez y destreza consumadas, no fiándose de nadie para el examen de las costumbres y de la capacidad de los clérigos, de los cuales su espíritu recto y cultivado con selectos estudios le hacían efectivamente su mejor juez. Estaba en sazón para el cielo desde su entrada en el episcopado y murió á poco tiempo en Brignoles de Provenza, á donde había ido para asuntos urgentes. Sepultáronle en Marsella en el convento de los frailes menores, y de allí le vino el nombre que muy á menudo le dan de San Luis de Marsella (a). Cuenta la bula de su canonización que resucitó seis muertos (1).

En 25 de mayo del año 1298, los ermitaños de San Agustín eligieron por superior general al beato Agustín de Sicilia, que por amor á la humildad había mudado así su nombre de Mateo de Thermes (2). Era el principal ministro de Manfredo, á quien

(a) De Marsella fué trasladado su santo cuerpo á Valencia, y depositado en la santa iglesia metropolitana, donde se le venera solemnemente celebrando su fiesta á 19 de agosto; en cuyo día se le festeja también en Madrid en la parroquia que lleva su nombre.

(N. del E.)

(1) Bullar. tom. 1, Joann. XXII.

(2) Boll. 12, Maji. tom. 15, pag. 620.

(1) Rain. ann. 1296, num. 16.

(2) Vading. 1297, num. 1.

acompañaba cuando murió este príncipe en la batalla de Benevento. El temor tan fundado de las consecuencias de esta revolución, hizo desaparecer á Mateo, y por esta causa se le contó en el número de los muertos. Después acometido de una enfermedad violenta y presentándosele por segunda vez tan de cerca el espectro de la muerte, le poseyó esta vista de un temor tan vivo de los juicios de Dios, que prometió entrar en religión si recobraba la salud. Sanó y quiso entrar en el orden de Santo Domingo. Envió sugetos de su confianza para que le trajesen dos religiosos; mas aquel que no otorga sus favores de un modo esclusivo, ni á las corporaciones, ni á los particulares mas célebres, permitió que aquellos criados se equivocaran hasta tres veces, y trajeran siempre agustinos. Mateo, abandonándose á esta dirección divina, descubrió su pensamiento á estos últimos, y sin darse á conocer, tomó su hábito y se confundió entre los mas humildes de los hermanos.

Para permanecer, según lo deseaba, mas seguramente ignorado, pasó de Sicilia á Toscana, con el permiso de sus superiores, y eligió un convento situado en un lugar casi inhabitado. Por medio de esta vida tan oscura quería el cielo colocar esta viva luz en el candelero. La casa escogida por Mateo de Thermes, estaba implicada en un pleito, cuya pérdida, bastante verosímil, habría acarreado la ruina de la comunidad. Fr. Agustín (así se llamaba entonces Mateo) viendo á los frailes en la mas triste perplejidad, y conociendo la incontestable justicia de sus pretensiones, fué á buscar secretamente á su procurador y le pidió pluma y papel. Dióselo el procurador como por diversion como á un ignorante, creyendo que ni siquiera sabía leer. Hizo Fr. Agustín una memoria ajustada y triunfante, que fué comunicada al instante al procurador contrario. Leyóla este, y dijo: «el que ha

hecho este escrito es un ángel, ó un diablo, ó Mateo de Thermes con quien estudié en Bolonia, y quedó entre los muertos en la batalla de Benevento.» Quiso ver al autor, le reconoció y le abrazó bañándole en lágrimas. En vano el humilde religioso le pidió que no revelase su secreto, pues el procurador dijo con entusiasmo á los agustinos: «este buen fraile ha ganado vuestro pleito; teneis en él un tesoro oculto, es el hombre mas excelente que yo conozco, es el señor Mateo de Thermes.»

Habiendo llegado este descubrimiento á noticia del Beato Clemente de Ossimo, entonces general de la orden, quiso ver á este ilustre compañero en Sena, donde él se encontraba, le condujo á Roma, y le hizo allí ordenar de sacerdote á pesar de su resistencia, y formó con él las constituciones de la orden. Confirióle luego el Papa el cargo de penitenciario, que ejerció por espacio de veinte años, al cabo de los cuales fué elegido general unánimemente, á pesar de hallarse ausente. Fué preciso que el Papa Bonifacio le obligara á aceptar esta dignidad, y la desempeñó con igual capacidad que edificación; pero la renunció dos años después, á pesar de las instancias que le hicieron los frailes para empeñarle en seguir. Retiróse al instante á la ermita de San Leonardo, en el distrito de Sena, donde nueve años después coronó con una santa muerte un largo conjunto de todo género de buenas obras.

En el mismo tiempo adquirió una fama y esplendor del todo nuevos la orden de hospitalarios de San Antonio. Había estado como en bosquejo cerca de doscientos años antes, cuando las reliquias del santo patriarca de la vida monástica fueron trasladadas á Francia y depositadas en un priorato de benedictinos en la diócesis de Viena. Entonces algunos nobles piadosos establecieron allí un hospital, y se consagraron en